América como utopía en la obra de Alfonso Reyes

I

La obra de Alfonso Reyes es amplia y diversa; por momentos se podría llegar a pensar que el lector se encuentra ante una suerte de enciclopedia de gran estilo. Es lógico, pues, que entre los muchos tomos de sus obras encontremos trabajos sobre la historia de América, Grecia, diversas literaturas y alguna que otra nota excéntrica sobre la economía argentina durante la Independencia. Sin embargo, hay textos, fragmentarios y dispersos, que parecen escritos obedeciendo a una ley distinta a la que rige una enciclopedia; me refiero a los que escribió Reyes sobre el sentido de América. Alfonso Reyes (1889-1959) vivió uno de los tres momentos más importantes de la historia de México. El primero fue la Conquista, que abre la cultura del virreinato frente al mundo azteca e indígena; el segundo, la Independencia, que instaura el estado laico; y, el tercero, al que nos referimos, es la Revolución, que se inicia en 1910, poniendo fin al porfiriato. Alfonso Reyes no pensó en profundidad ninguno de estos tres momentos aunque, aquí y allá, tuvo frases inteligentes, observaciones nuevas y silencios graves. De estas tres conmociones, la que le hizo escribir más fue la del descubrimiento de América, pero no tanto el descubrimiento de México y el enfrentamiento de dos civilizaciones como la idea de América que se iniciaba; tampoco escribió sobre la formación de una conciencia nacional, tema de un deslumbrante libro de Jacques Lafaye [1]. Reyes tuvo, desde el principio de su carrera como escritor, una inclinación hacia la armonía que le llevó a ir reuniendo datos, y en las diversas ocasiones en las que se le invitó a actos culturales y políticos relacionados con América y Europa como diferencia o relación, como aspiración o problema, Reyes fue pergeñando una idea —no original— de América como utopía, es decir, América como el posible *tòpos* (lugar) de ese no-lugar que soñó Platón para ejemplo político, y que los renacentistas dibujaron con pelos y señales en cartas marinas y textos fabulosos.

II

En 1915, estando Reyes en Madrid, escribe una de sus composiciones de más alta calidad literaria: *Visión de Anáhuac:* [2] imaginación poética en un prosa que combina la reflexión sobre los documentos históricos —Bernal Díaz, Gómara— con un lenguaje

[1] Quetzalcoatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México. *FCE, 1977.*

[2] Visión de Anáhuac, *OC, vol. II, FCE, 1956.*

tan transparente como el valle que describe. Es un texto de exaltación de las riquezas de la cultura de Tenochtitlán, una «historia natural» con fuertes tintes paradisíacos. En esas páginas se hace evidente el refinamiento de una civilización: arquitectura, agricultura, cocina, artesanía, jardinería, pintura; todo descrito por los ojos de alguien que hace un recuento del ágora. Anáhuac es un espacio abierto, zoco o medina donde se agitan comerciantes y sabios, hombres y mujeres sencillos que trasiegan en la ciudad de los lagos. Hay también, en esta prosa de Reyes, alguna crítica, no al mundo azteca, sino al que iba a venir «De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la campana de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja». Si traigo a colación estas páginas tempranas de Reyes es porque se trata de una visión utópica del México precolombino. Es verdad que desde su título se anuncia que no es historia ni crítica, tampoco síntesis: es una *visión.* La altura de su valle permite a Reyes calificar a esa zona de «otoño perenne» y del «lugar más transparente del aire»; pero hay mucho de ahistórico en su visión. El mundo azteca fue un estado que sometió a multitud de tribus, gentes a las que sacrificaban —en períodos de crisis, diariamente— en número alarmante. Su concepción de la historia como un orden cósmico les hacía considerar el sacrificio como una regeneración de la unidad perdida. La sangre alimenta al sol, centro de su mundo religioso. Junto a los perfumes y alegre luminosidad de esa arcadia descrita por Reyes, aquellos hombres debían oler, a poco que corriera una ligera brisa, la sangre de los numerosos sacrificios. Además de que Tenochtitlán transparentaría el dolor y la miseria de tantos pueblos sometidos que, día a día, veían cómo eran servidos a un dios solar y, en muchos de los casos, ajeno. Obviamente, no voy a hacer una crítica, desde el final del siglo XX (siglo lleno de horrores políticos y humanos, aunque también de logros sociales inusitados), sino sólo recordar que esa gran civilización estaba sujeta —como muchas otras— al terror de la historia. ¿Por qué entonces Alfonso Reyes nos dio una visión maniqueísta, poetizante —no en el sentido lingüístico sino conceptual— de Anáhuac? La razón más fuerte que encuentro es que, en su filosofía de la historia, América aparecía como la proyección desiderativa de la utopía que alimentó a los intelectuales renacentistas, y posteriormenete, a misioneros, políticos y filósofos de siglos venideros.

III

La idea de utopía se inicia hacia el 355 a. C. con el *Timeo* y el *Critias* de Platón. En ellos se habla de la Atlántida, un pueblo situado más allá de las columnas de Hércules, una isla, por más señas, tan grande como Libia y Asia juntas. Platón fecha el hundimiento de la Atlántida sobre el 9.540 a. de C. Esta idea platónica no cuenta, al parecer, con tradición en el mundo griego ni egipcio. Platón usa esta Atlántida como espejo crítico y ejemplo para Atenas. La idea quedó adormecida, pasó por Séneca *(Última Tule)* y despierta con vigor en los humanistas del Renacimiento que al dedicarse a estudiar y traducir a Platón, Plutarco, Aristóteles y Tolomeo, entre otros, encuentran en esta labor la noción de la fabulosa tierra desaparecida. La idea del paraíso forma parte de los estratos más profundos de la psiquis humana, es la nostalgia de la unidad perdida que ha alimentado siempre a las religiones y a las diversas formas del arte; pero esta

concepción de una polis como la proyección de los sueños de justicia, es, en rigor, nueva. José Antonio Maravall, en su libro *Utopía y reformismo,*[3] ha señalado que la utopía no es una imagen que pueda pertenecer a cualquier cultura y a cualquier momento histórico, sino que «llega a ser lo que es en la historia de la mentalidad de los pueblos europeos, aproximadamente sobre 1500, en el momento pleno de la época del Renacimiento». Y más adelante insiste en que no se puede hablar de utopías antes de la obra homónima de Tomás Moro (1516). Gracias a la obra de Moro, donde se acuña el término, «se revela y se comunica tal imagen a políticos, escritores, viajeros, etc.» En la misma obra mencionada, Maravall concreta más y dice que la utopía se forma en manos de burgueses en los que se han ido perdiendo los elementos misticoides del milenarismo. Este pensamiento no corresponde tanto a una *visión* de la ciudad ideal, del mundo ideal, como a un intento de racionalización. Maravall habla de burgueses, pero no de clase burguesa, como lo hace Servier, sino que se refiere al burgués «en el sentido de una versión social del tipo humano que lo hace aparecer como el sujeto de una reforma bajo condiciones técnicas racionalizadas de un mundo secularizado». Más que la clase, es el individuo que ésta produce.

Si bien parece cierto que en el Renacimiento, como piensa Maravall, se establece de manera racional la idea de utopía, no creo que esta manifestación del pensamiento pueda ser acotada con tanta precisión; lo que sí parece preciso es la ruptura que se opera en el seno de este sueño del paraíso terrestre: la ruptura afirma que el sueño existió, que se dio en diversas literaturas y que se transforma a raíz del descubrimiento de América en un deseo que adopta forma política. Alfonso Reyes apunta que la «utopía clásica de la Edad de Oro, poco a poco se había convertido en el sueño del Paraíso Terrestre. (...) Bruneto Latini, el maestro de Dante, contribuye a la proliferación de supuestas tierras incógnitas. Y el Aliaco, suma autoridad de Colón, cree en la existencia de gente beatísima, en los hiperbóreos casi inmortales». No es raro que Reyes nos diga que «en el origen del descubrimiento de América hay una exacerbación mitológica». Y en el mismo texto, escribe esta otra frase que enlaza el descubrimiento con la imaginación poética: «El descubrimiento de América fue el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos».

Tanto Colón como Martín Alonso Pinzón buscaban ese sueño de la isla prometida, la Antilla el primero y Cipango el segundo. Con el descubrimiento, la imagen del mundo se extiende a toda la tierra, la historia se hace universal y comprende a toda la humanidad. La Atlántida sumergida se le revela a Reyes, en su sueño de una América unificada y federal, como la esperanza de lograr la perfección social y humana. América: *eutopía,* el lugar del bien, de lo bueno.

La pasión por la cultura de la utopía llevó a Alfonso Reyes a ir recogiendo una gran bibliografía sobre el tema. En *No hay tal lugar,*[4] recoge los textos que publicó sobre este asunto desde 1955 a 1959. A lo largo de estas páginas, Reyes nos da una bibliografía escuetamente comentada de un material ingente de textos utópicos que oscilan en-

[3] Utopía y reformismo en la España de los Austrias. *Siglo XXI, Madrid, 1982.*

[4] No hay tal lugar, *OC, vol. XI. Ver también los artículos «Sirtes», «Ultima Tule», «Junta de sombras» y «Los trabajos y los días».*

tre los que pueden clasificarse de reforma política y los de fantasía, aquellos que sitúan la utopía en el pasado o en el futuro. Aunque Reyes tenía una gracia especial en el arte de matizar, no tuvo lo que se puede llamar un pensamiento crítico. En la primera página del librito citado, define así a la utopía. «Utopía en marcha son los impulsos que determinan las transformaciones sociales; sueños preñados del éxito y del fracaso que llevan en sí todos los sueños, y hasta recorridos interiormente por ese despego de las contingencias que, en último análisis, se llama ironía».

Reyes pone como ejemplo la idea del pacto social como fundamento filosófico de las sociedades y nos recuerda que es una idea anunciada por Pitágoras, esbozada por Althusio y Grocio, desarrollada por Hobbes en el *Leviatán,* pasa por Spinoza y Locke, es denominada «contrato» social en Rousseau, y Kant la interpreta como criterio general de justicia. Visto así, todo intento de mejora de la sociedad es utópico o tiene orígenes tales; pero si miramos los hechos, el llamado pacto social, no es ninguna bicoca; es, sí, una de las formas de acercamiento a la justicia de los pueblos democráticos, un equilibrio relativo en la distribución de las riquezas sujeto a su vez a ideas de política económica general, etc.

Reyes, con su proverbial erudición, da un repaso a la revolución francesa donde observa, en los enciclopedistas, el germen de esa búsqueda de felicidad proyectada en las reformas sociales; vuelve a las utopías retrospectivas y nos señala las desafortunadas Batuecas, las Hurdes donde al parecer en pleno siglo XX sus habitantes preguntaban aún por Felipe II. En estas exaltaciones del pasado, Reyes retrocede a los orígenes de nuestra cultura: Platón y sus idealizaciones de la Atenas arcaica, a Plutarco, a la antigua Lacedemonia (Tácito), la Florencia de Dante y el elogio de las virtudes hispánicas en Quevedo. En pocas páginas, desfila ante nosotros un maremagnun que, aunque quiere pasar por una misma idea, no logra convencer. El hombre siempre ha idealizado y ha tratado de proyectar esa idealización fuera del tiempo o en espacios que, por poco conocidos, carecen de historia. Pero englobar todas estas aspiraciones en un mismo concepto nos parece confuso. Lo que sí parece más claro es que Reyes está buscando los fundamentos para una idea que no acaba de decir, la idea de nación. En un reciente artículo de Pierre Vidal-Naquet *(La Atlántida y las naciones)*[5], escribe: «En la época de las luces, la Atlántida es una especie de sustituto del pueblo judío en la economía de la historia universal. Más exactamente yo hablaría aquí de la Atlántida como sustituto nacional. El pueblo que antaño fue la Atlántida es un pueblo elegido, y merece la primacía que toda potencia imperial considera que posee.» Ya se verá más adelante cómo para Alfonso Reyes fue una obsesión la idea de América como teatro del bien.

En ocasiones Reyes parece que va a rozar un tema en verdad candente: cuando habla de utopía y socialismo y ve en los revolucionarios del XIX las huellas del utopismo, e incluso nos recuerda que así denominaban a algunos de ellos, como utopistas, para diferenciarlos de los otros, los «socialistas científicos», Karl Marx, Engels, etc. Fiel a su pasión bibliográfica, Reyes bucea en los orígenes literarios de estos socialistas utópicos: *El testamento de Jean Meslier,* obra escrita por un párroco francés, el *Código de la Naturaleza* del Abate Morelly, que se trasluce en Rousseau, el tratado *De la legislación,*

[5] *«La Atlántida y las naciones»,* Letra *números 11 y 12, 1989.*

del Abate Mably, etc. En 1937 Reyes sugiere que la utopía pertenece al pensamiento político de izquierda, que es el espíritu que alimenta a aquéllos que confían en América como sueño de perfección: «Cierta sublevación, cierto disgusto contra lo que nos rodea, unido al propósito de mejorarlo; por otra parte —y esto es lo esencial— cierta fe en las cosas abstractas; en lo que, prácticamente hablando, todavía no existe». Frente a estas características generales, define a la derecha como una actitud que se «apoya siempre en lo concreto, en lo histórico. Su naturalismo la lleva a dudar de que el hombre pueda ser mejor de lo que ha sido. La izquierda, que viene del espíritu, se alimenta de las abstracciones: la igualdad política, la justicia, la economía racional: lo que no nace de la historia». Aunque hubiera estado bien que Reyes se extendiera y enfrentara estas ideas con sus realidades, apunta lo importante: la derecha encuentra su fundamento en la historia, los valores «establecidos», los ideales de Roma o la moral católica; pero olvida decir que también está habitada por abstracciones: el honor, la unidad, la negación de las diferencias por sustracción... No creo necesario recordar que el movimiento nazi se apoyaba en ideales de una abstracción vertiginosa; o que, entre nosotros, Franco entendió su sublevación contra la república como una cruzada hacia una supuesta unidad heredera de los Reyes Católicos. Creo que Martin Buber en *Caminos de utopía*[6], acierta con mayor profundidad cuando advierte que para la escatología —que forma parte casi siempre de las actitudes religiosas de la derecha— el acto decisivo viene de arriba; pero para la utopía, lo decisivo está desplazado hacia la libertad: «Todo está sometido a la voluntad consciente de los hombres, y hasta puede calificársela de imagen de la sociedad esbozada como si no hubiera otros factores que esa voluntad». Ahora bien, en ese creer que todo puede estar regido por la «voluntad consciente», reside, creo, ese mecanismo ingenuo propio de todos los textos utópicos, incluido el más determinante de todos, el de Tomás Moro. Las sociedades o las islas utópicas se basan en la creencia de que la razón es capaz de articular de manera absoluta la relación pregunta-respuesta de manera satisfactoria. En este sentido sí me parece pertinente lo que han señalado algunos psicoanalistas: que en la utopía hay un retorno al útero, el lugar donde aún no hay distancia entre el deseo y su satisfacción. Más certero aún me parece lo que ha pensado Cioran[7] cuando escribe que «en su designio general, la utopía es un sueño cosmogónico *al nivel de la historia*». El mismo Buber, en la obra citada dedica un capítulo a las ideas políticas de Proudhon (en más de un concepto profundamente modernas: fue el gran crítico del comunismo *avant l'histoire)* en el que explica que éste «considera que el verdadero camino de la humanidad está en libertarse de erróneas creencias en los absolutos, en escapar del dominio de la fatalidad. "El hombre ya no quiere que se le mecanice. Sus afanes se enderezan a la desfatalización". De ahí proviene también la "repugnancia general contra todas las utopías de organizaciones políticas y de credos sociales"». Proudhon arremete en *Fisolofía del Progreso* (1851) contra las ideas utopistas de Owen, Fourier, los saint-simonistas e incluso las ideas positivistas de Augusto Comte. Por un lado, Reyes tenía razón: las utopías se han basado en el espíritu de perfección y justicia de unos cuantos hombres —intelectuales y religiosos— que soñaron

[6] Caminos de utopía (Pfade in Utopia, *1950), ed. esp. FCE, 1955.*

[7] Histoire et utopie, *Gallimard, 1960. Ed. esp. Tusquets Editores, 1988.*

la etapa última, desiderativa, del mundo social; pero no dijeron cómo se evitaba, sino que abolieron las raíces de la enfermedad por decreto. Reyes omitió hablarnos de las ideas de su tiempo: el socialismo, el anarquismo, la democracia, etc.; las verdaderas vías concretas de acceso a la historia. Lo humano y lo social es mucho más diverso y dinámico de lo que pretenden los sueños utópicos, hijos del ejercicio de la razón que se abre paso en el Renacimiento, pero también de una profunda necesidad de la armonía. Creo que es acertado lo que dice Emilio G. Estébanez en la introducción a su edición de *Nueva Atlántida,* de Bacon[8], al indicar que subyace un factor «psicológico en todas las fabulaciones atlantídeas o de otro jaez. Existe un empeño en el hombre por reducir a una visión unitaria toda la multiplicidad, variada y confusa, de la realidad». Maravall es aún más sentencioso: «No se planifica la libertad —dice pensando en las utopías— sino que se planifica para la libertad». La lectura de los textos utópicos —*Utopía* de Moro (1515-16), *La ciudad del Sol* de Campanella (1620), la *Nueva Atlántida* de Bacon (1626), la *Oceana,* de Harrington (1656) me producen la sensación, y el horror intelectual, de que en ellos se han suprimido las realidades *hundiéndolas* en la estructura. No hay pasión sino aritmética. En Besalem, por ejemplo, la ciudad perfecta de Bacon, no hay lascivia, porque todos los ciudadanos «se respetan a sí mismos». Pero la lascivia no se deroga. Sorprende que, refiriéndose a los textos citados, Reyes escriba que «la ancha respiración del Renacimiento corre por estas obras: libertad y cultura, alegría de pensar, y de pensar bien». Extraña lo de «pensar bien» y «alegría de pensar». ¿Un pensamiento alegre? ¿Se refiere Reyes a un pensamiento sobre lo humano, sobre la historia? No creo: éste siempre ha sido dificultoso y polémico. Y pensar bien se puede aplicar a Hume o Kant, pero no al pensamiento de estas obras, por más de un concepto interesantes. Reyes se entrega a la felicidad de un pensamiento sin sangre donde lo que se piensa coincide siempre consigo mismo. Aquí, como en muchos otros lugares, el pensamiento político de Alfonso Reyes fue vago, ahistórico, general. Cedió a los placeres de la erudición, no al desafío de la historia. Por eso no había contradicción en su *Visión de Anáhuac.* Aunque Reyes no desconocía los horrores sin paliativos de Moctezuma, cerró los ojos y dibujó una república ideal. Enamorado de los textos utópicos, escribió otro. Hoy sabemos, también se sabía ayer, que es un texto poético, un manojo de páginas de gran calidad, y que forma parte del reino remoto de nuestra imaginación, donde nadie muere porque la unidad es el orbe, no el individuo.

No fue Reyes el único que pensó en América como un continente original, con un destino singular, pero en algunos este pensamiento es más crítico. Edmundo O'Gorman escribió diversos trabajos sobre la idea de América. En *La invención de América* (1958), O'Gorman investiga el cómo y cuándo aparece América en la conciencia histórica, y repite y amplía el pensamiento de que América «representa en grado de excelencia el devenir histórico de la especie humana». Esta es la idea central de Reyes, repetida más obsesivamente en los períodos de grandes crisis europeas: la guerra del 14, la guerra civil española y la europea. Reyes, al ver que Europa se desgarraba, pensó

[8] Nueva Atlántida, *traducción, introducción y estudio de Emilio G. Estébanez, Mondadori, 1988. En ediciones del mismo autor:* La ciudad del Sol, *Mondadori, 1988,* Utopía , *Zeros, S. A., 1980.*

que los americanos eran, por lenguas y cultura, los herederos que habrían de llevar a cabo, a extremos de perfección social y humana, lo que Europa no había logrado. Sin embargo O'Gorman señala que el ser de América consiste en que su devenir —él emplea un lenguaje ontológico—; al realizar la idea que la forma, deja de ser propiamiente americana su historia. Lo propio de América no es la unidad —en su origen— sino la diversidad. América es, por un lado, la invención de la cultura del Renacimiento y sus posteriores influencias, pero es también el diálogo entre los diversos pasados incaico, azteca, etc., y el presente unificador de la historia moderna. Cuando digo diálogo no me refiero tanto a una respetuosa influencia como a una controvertida y, en ocasiones, sangrienta relación. Lo que O'Gorman dice es que al cumplirse América como realidad, como resultado de su propio devenir histórico, refuta o se desembaraza de la proyeccción de los ideales y sueños de Europa. No es esto lo que pensaba Reyes; para el regiomontano, «el destino de América está en seguir amparando los intentos por el mejoramiento humano, y en seguir sirviendo de teatro a las aventuras del bien». Sorprenden estas frases calderonianas y positivistas, aparte de ingenuas, de Reyes. Es en el año 1933 cuando escribe esto. ¿América como escenario de la representación de los sueños del Renacimiento y de la Ilustración? No nos dice en qué consiste ese bien, ni cuál es el argumento de la obra. Tampoco si el texto habrá de representarse tal cual o adaptado a las circunstancias del lugar. Yo creo que su pasión por la literatura utópica —en el siglo XX, que sería distinta una pasión semejante en otros siglos— en vez de por la meramente política, contribuyó a entorpecer en Reyes su visión de América. Cito algunas líneas más donde, entre sueños, trata de recoger los *disjecta membra* de América: «Soñamos, como si nos acordáramos de ella (Edad de oro a la vez que Tierra Prometida), en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en el juego de dados de los niños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América» (1934). Y dos años después: «Nuestra América debe vivir como si se preparara siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne». Y en 1937: «Los que siguen concibiendo a América como posible teatro de mejores experiencias humanas son nuestros amigos». En 1939 reitera esta idea y en 1940 vuelve sobre ello: «Agradezcámosle en buena hora que se sientan inspirados en el grande ideal de un continente que, desde su aparición en la historia, siempre ha anhelado ser el teatro donde se ensaye una humanidad más justa y feliz». Siguiendo su buena voluntad, Reyes piensa que «para América no hay más raza que la raza humana». Olvida la historia de Argentina y del Brasil, y hasta las anécdotas ocurridas entre Juárez y Maximiliano respecto a la tez oscura del primero. Me refiero a los problemas del primero, no del segundo. Reyes fue un hombre que creyó en la democracia, y escribió que «sólo ella puede salvarnos, por cuanto ella importa la plena y cabal circulación de la sangre, con todos sus nuevos acarreos por todo el organismo social» (1942); pero nos habla de ella en términos biológicos.

Nunca escribió de manera extensa sobre los siglos XIX y XX, y no nos dio una imagen crítica de estos períodos tan convulsos. Reyes se disculpa por no hablar de asuntos cercanos, políticos, con estas palabras: «Nuestra incumbencia esencial, el problema po-

lítico, el problema de la conciencia entre los hombres, es muy largo para el trecho de una vida. No tenemos tiempo ni fuerza para resolverlo». Habría de esperar México la llegada de historiadores como Ignacio Rubio Mañé, o de ensayistas de la lucidez y controversia de Revueltas y Octavio Paz, entre otros, para enfrentarse en verdad con lo que significaba ser mexicano y buscar las salidas *en* la historia. Reyes está enamorado de la armonía, fue su musa y su abstracción; y hacia ella supeditó los aspectos humanos y relativos de la historia. De vez en cuando opinó sobre algún acontecimiento histórico: un caso, la intervención francesa, a la que ve con falta de crítica para su país, pues olvida que los conservadores, temerosos de Juárez, apoyaron la llegada de Maximiliano de Austria, y que fue cuando éstos descubrieron que el austríaco era más liberal que el propio Juárez, cuando le quitaron su apoyo. Por otro lado fue lúcido al ver en la revolución mexicana un impulso más que una idea; a diferencia de la revolución rusa, la mexicana se fue «esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas»; pero no continuó, la historia le pillaba demasiado cerca; al hombre y al diplomático. Ante este desafío, el ensayista se replegaba. Las respuestas de la historia son a veces tremendas. América ha sido el teatro de proyecciones europeas y norteamericanas: el comunismo y la explotación de las riquezas. Sus escritores más valientes han criticado ambas representaciones y, desde actitudes no siempre semejantes, buscan una forma política donde América no sea una idea, sino una posibilidad de diálogo: el espacio de la aparición de las voces en su diversidad. Las revueltas actuales oscilan entre las visiones del estado con tintes religiosos y las ideas democráticas: un estado laico, relativo, no absoluto, donde no siempre las piezas encajan, pero tratan de vivir en su diferencia. El ejemplo mecanicista de Reyes es paralelo a la estructura mecánica de la utopía: el lugar donde no sobra nada ni falta nada. América tuvo su origen en los sueños utópicos, pero desde el momento en que apareció en la conciencia universal dejó de ser un no-lugar para parecerse mucho a todos los lugares de este mundo. Un lugar donde no hay que dejar de soñar, pero sin que el sueño anule la historia, porque ésta siempre acaba —a diferencia de la Atlántida— mostrando su multiforme rostro.

Juan Malpartida